

El CDU y su cuarto de siglo a cuestas

Vamos a recordar lo que escribimos, hace ahora 25 años, en el Acta Fundacional del Club:

Movidos por el deseo de combatir el creciente desánimo de la población ante la incapacidad de influir en el medio en que vive, un grupo de profesionales de distintos campos hemos acordado constituir una asociación denominada CLUB DE DEBATES URBANOS (...)

Eso es lo que nos sacudía entonces, en abril del 93. Y ahora, en estos tiempos que no son menos desconcertantes, estaría bien que nos hiciéramos algunas preguntas. ¿Qué fue de aquel «creciente desánimo»? ¿Qué de esa incapacidad de la población para «influir en el medio en que vive»? ¿Hemos avanzado, acaso, hacia esa —deseada— capacidad?

Quizá la pregunta menos comprometida de contestar pudiera ser esta otra: ¿Qué fue de ese «grupo de profesionales de distintos campos», reunidos en el CLUB? Pues... resulta que seguimos estando aquí, en la brecha, 25 años después. Y esta tarde, felizmente reunidos no pocos de nosotros.

No están todos los que, aquella primavera, empezaron el viaje. Algunos de los que fundaron el CLUB, muchas de sus voces más lúcidas y valientes, se nos han ido. Ya no están compartiendo con nosotros los problemas que nos siguen enredando en esta ciudad y en este planeta. Son bastantes ya sus nombres, demasiados (como demasiada y atroz es siempre la muerte). No los nombraremos aquí. Tenemos sus nombres con nosotros. Los recordamos a todos.

Pero esto está vivo; y hay muchos otros nombres (nombres jóvenes y menos jóvenes) que se han ido sumando a este ámbito —tan intergeneracional como interdisciplinar— para el debatir urbano. Tras estos 25 años parece, sí, que estamos vivos: vivitos y coleando, podríamos decir.

Ha sido un cuarto de siglo relevante en la historia de nuestra ciudad —y relevante, me parece, en la historia de España—. A lo largo de él hemos ido conociendo sucesivas administraciones y sucesivos alcaldes y alcaldesas: creo, en fin, que todos ellos —todas ellas— nos han proporcionado consistentes motivos para ejercitarnos en nuestra antes citada razón de ser fundacional; motivos para que, francamente, sigamos en plena forma.

Sucesivas etapas habidas, también, en nuestra propia organización y en su presidencia: la fundacional de Ricardo Aroca, la de Paco Pol y la de Teresa Arenillas. A todos ellos y a sus juntas directivas, gracias. Gracias mil, por la labor llevada a cabo.

Y seguimos —decía— estando aquí. Y al decir «aquí» no me refiero sólo a que sigamos en esa brecha (que lo estamos); me refiero también —y esto es pertinente— a que seguimos *aquí*, en esta casa; esta casa que vemos como

nuestra: la casa del Círculo de Bellas Artes. Y hay en esta permanencia, en este habitar del CLUB en esta arquitectura, algo que no podemos dejar de agradecer a su presidente, Juan Miguel Hernández León. Él siempre nos ha acogido con generosidad y coraje (digamos «coraje», sí: porque, en determinados momentos, albergar nuestros *debates* podía resultar —si no peligroso— algo más que incómodo...). Con nuestra causa, Juan Miguel se ha sentido preocupado en su calidad de presidente del Círculo; y además — como él mismo ha señalado en alguna ocasión— preocupado «como arquitecto, como ciudadano y, confío —decía—, como amigo». Y decía y confiaba bien: que como amigo, amigo y compañero, lo reconoce el Club y lo reconocemos todos nosotros. Gracias, Círculo de Bellas Artes. Gracias, Juan Miguel.

En todo este tiempo hemos cumplido un papel. Hemos organizado un sinfín de cosas; un verdadero cúmulo de debates (unos doscientos si llevo bien la cuenta). Hemos publicado libros: libros que —¡caramba!— siempre nos han llevado al borde de nuestras precarias posibilidades económicas; pero libros que, reuniendo reflexiones de múltiples pensadores y analistas de la ciudad, han llegado a constituir un cuerpo y un sólido registro documental (inabarcable para quien en lo venidero quiera aproximarse a la realidad inabarcable de la ciudad).

El último libro que sacamos, cuando cumplimos veinte años, *Madrid, materia de debate*, estaba compuesto por cuatro tomos; y cada cual ostentaba un subtítulo más inquietante que el anterior: «Zozobra», «Burbujas», «Espacio o mercancía»... Palabras, en fin, que reflejaban lo que pasaba entonces, lo que estudiábamos y denunciábamos entonces...; cosas, conceptos, voces que no deberíamos ya tener que seguir pronunciando (¿podemos esperar?).

A la vez, nos hemos movido por otros lados. Hemos participado en foros; hemos otorgado premios al compromiso urbano y hemos recibido premios también; hemos ejercido razonadas denuncias; nos hemos presentado — como CLUB— a concursos (el de la plaza de Oriente, que firmamos más de 200 profesionales, fue una acción testimonial, con efectivo carácter fundacional para nuestra organización).

Y aun practicamos, sobre todo en nuestra primera andadura, una particular y —valga el oxímoron— «comedida» *agitprop*: ¡Cómo olvidar aquellas manifestaciones de gran eco mediático y de no poca inventiva! Me costará olvidar aquella surreal discusión de Ricardo Aroca con una oficial de la Policía Nacional, en la esquina de Gran Vía con Alcalá. ¿No pretendía Ricardo convencer a la perpleja oficial de los antidisturbios de que íbamos a hacer desaparecer el monumento a la Violetera pero que no se preocupara, que no íbamos a llegar siquiera a tocarlo? El juego de los espejos daba para eso y para mucho más; y el monumento desapareció, en efecto, por unos instantes. Y la Violetera y, de paso, Ricardo salieron ilesos de la aventura (la Violetera, a decir verdad, desapareció poco más tarde de ese lugar; para bien de Madrid).

En fin, entre todas esas tantas acciones, hay también —como hacemos hoy, esta tarde— motivo de celebración: nuestro anual encuentro en el Círculo de Bellas; encuentro que ya en su segunda edición osamos convocar como «la ya tradicional Fiesta del Solsticio» (¿pensábamos entonces, de verdad, que esto iba a durar tantos años?)

—¿... y por qué «del Solsticio»? —nos han preguntado muchas veces—. ¿Por qué la hacéis siempre en el solsticio de verano? ¿Es que enlaza con algún rito masónico, con algo ancestral?

—¡No! ¡Qué va!—contestábamos—. ¡Nada de eso! Mucho más fácil: porque es el día en que tenemos más horas de luz.

Más luz —luz solar y luz de la razón— para establecer en términos racionales las cuestiones de la ciudad. Para cargarnos de luz —y cargarnos de razón— en ese desentrañar los difíciles entresijos de lo urbano.

Bien; y lo celebramos aquí —decía antes—, en el Círculo. Significativamente presididos por la alta escultura de Minerva, con su búho de la sabiduría: la alta consejera de las criaturas humanas para que racionalicemos, si ello alguna vez es posible, nuestro convivir.

«Nessun dorma!» proclama nuestra convocatoria de este año, poblada también de búhos y lechuzas inteligentes y monstruos producidos por el sueño de la razón en el *capricho* de Goya.

¡Que nadie se duerma! Convocatoria para la noche del día que ha radiado más luz. Esa distancia necesaria entre el acaecer y la consciencia de su significación, como dice Edgar Morin (citando a Hegel): «El búho de Minerva (de la razón) emprende el vuelo cuando llega el crepúsculo».

¡Que nadie se duerma! *Nessun dorma!*

Que nadie caiga en aquel desánimo del que hablábamos al principio. Que sigamos movidos por ese deseo de combatir la desgana y la falta de compromiso. Otros 25 años, por lo menos.

¡Larga vida, largas horas de luz —luz solsticial—, al CLUB DE DEBATES URBANOS!

Javier MOSTEIRO